

## RAUL CARRANCA Y TRUJILLO

Nació en Campeche, Camp., el 27 de agosto de 1897. Murió en 1968 en la ciudad de México.

Abogado, historiador, sociólogo. Después de haber realizado sus estudios de derecho, siguió cursos de especialización en Madrid con Rafael Altamira y a esa etapa se debe una de sus primeras obras. Posteriormente se consagró al derecho penal, en el que es uno de los más destacados cultores. Catedrático de la Facultad de Derecho, ocupó posteriormente la Dirección de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

Entre su vasta producción sobresalen: *La evolución política de Iberoamérica* (1925); *El salario*; *Estampas del pueblo* (1928); *Pérez* (1932); *Camaradas*, novela (1938); *Derecho Penal Mexicano*, parte general 1937 y después numerosas ediciones); *Panamericanismo y democracia* (1941); *Teoría del Juez Penal Mexicano* (1944); *Las ordenanzas de gremios de la Nueva España* (1932); *La legítima defensa del honor*, en colaboración (1933); *La condena condicional y la multa* (1934); *Le Reforme des lois penales au Mexique* *Extrait d'oeuvres et d'essais*, en colaboración con José Angel Ceniceros, Luis Garrido, Alfonso Teja Zabre y Francisco González de la Vega (1935); *El Instituto Literario de Yucatán* (1938); *Storia del Diritto Penale Messicano* (1938); *La unificación de la legislación penal mexicana* (1943); *Las causas que excluyen la incriminación, Derecho mexicano y extranjero* (1944); *Pretil, Prosas intrascendentes* (1944); *Tres ensayos* (1944); *Momentos estelares de la Universidad Mexicana* (1951); *La organización social de los antiguos mexicanos* (1966); *Panorama crítico de nuestra América* (1950); *Principios de sociología criminal y de derecho penal* (1955); *Meridianos del mundo* (1960); *La administración de justicia* (1961); *Código penal anotado con comentarios, concordancia y jurisprudencia, legislación comparada y extranjera e índice general analítico* (1962 y varias ediciones); *Interpretación dogmática de la definición de delito en la legislación penal mexicana* (1961); *Métodos y procedimientos técnicos empleados en la elaboración de la sentencia penal* (1961); *Odiseo 1964* (1965); y numerosos artículos en *Criminalia*, *Revista Mexicana de Sociología* y otras especializadas. Traductor de varias obras, entre otras la *Señorita Friné* de Arsene Houssaye y prologuista de algunas más como la que su hermano Camilo consagró a José Martí, *La clara voz de México* (1953).

Fuente: Raúl Carranca y Trujillo. *La evolución política de Iberoamérica*. Prólogo de Rafael Altamira. Madrid, Establecimiento Tipográfico de J. Pérez, 1925. 304 p., p. 207-211 y 225-238.

## LIBERALES Y CONSERVADORES

Las dos posiciones ideológico-políticas que, prescindiendo de matices intermedios, ha adoptado el espíritu humano a través de la historia universal: conservadurismo y liberalismo, no podían dejar de presidir también la evolución política iberoamericana. Con frase que es síntesis insuperable, Goethe planteó esas dos posiciones en el aspecto de sus máximas consecuencias al decir: "Tal es mi sino que prefiero la injusticia al desorden"; antítesis profunda entre orden y justicia que el genio clásico, "saludable", del poeta, advirtió frente al torbellino desatado de la Revolución Francesa. El juego de acciones y reacciones a que los ideales conservadores y liberales han sometido al alma iberoamericana a través de su historia, la ha dotado de una fisonomía especial, que intentaremos precisar.

*Conservadores y liberales. La Iglesia.*—En medio del caudillaje, celoso de todo lo que no fuera su predominio exclusivo, los partidos han tratado de mantener sus aspiraciones ideales. Religión católica oficial, Iglesia privilegiada, fueros, ultramontanismo rígido; Monarquía o siquiera centralismo, oligarquías gobernantes, tradicionalismo, en suma, han sido las normas conservadoras. Estado laico, como la enseñanza; igualdad, República federal, democracia, antitradicionalismo o progresismo, han sido las liberales. Contra el absolutismo eclesiástico, el regalismo más radical. Contra los fueros y privilegios, la abolición de la esclavitud y la de los títulos nobiliarios. A los que han pugnado por mantener íntegramente el *statu* colonial, se han opuesto los que han pugnado por barrerlo, sin dejar de él huella alguna. Conservadores y liberales: *mantuanos* o *godos* los primeros en Venezuela, *yorkinos* los segundos en México, *serviles* y *fiebres* en Centroamérica, *pelucones* y *pipiolos* en Chile, *blancos* y *colorados* en Uruguay, ambos partidos han compartido la vida política.

El aspecto esencialmente diferencial, el que mejor que ninguno otro señaló la distancia que mediaba entre ambas posiciones, fue su referencia a la Iglesia Católica. Lo cual es consecuencia de la posición central de la Iglesia en los siglos coloniales. Heredera de vasta riqueza material y de profundo influjo espiritual, la Iglesia vino a constituir un aglutinante poderoso de hombres y de ideas; el verdadero núcleo condensador de la ideología conservadora y el nervio de la acción

antiliberal. El Patronato, la libertad de expresión, la enseñanza laica, todo lo que era arrebatar a la Iglesia sus posiciones, vino a ser lo que más lucha costara al liberalismo, lo que sólo pudo imponerse definitivamente cuando ya era irremediable la decadencia efectiva de los poderes eclesiásticos.

Al iniciarse el ciclo de la Independencia, el clero bajo—criollo o indígena, descontento y apegado a la tierra patria— aportó a la causa americana su influjo director. Dio caudillos insurgentes, engrosó las Juntas Revolucionarias. Todo lo contrario hizo el alto clero, peninsular y privilegiado, decidido sostenedor del régimen tradicional. Pero en 1820 la Revolución liberal de Riego, restauradora de la Constitución de 1812, desató en la Península la ola reformista; las libertades fueron empleadas para combatir con ardiente acritud los privilegios eclesiásticos, las órdenes monásticas y, con dureza irresistible, la Inquisición. En ultramar se advirtieron los rojos tonos de aquel periodo exaltado. La Península se veía ya como una hoguera amenazadora; había que aislarla. ¿Cómo? Con la Independencia. Si el alto Clero la ayudaba quedarían vinculados a ella sus privilegios, amenazados ya por el liberalismo hispano. Y el alto clero se solidarizó con los insurgentes. Obispos y Cabildos redactaron planes y reglamentos, formaron parte de Juntas Constituyentes, con los nobles, los Doctores y Oidores, los mineros y agricultores. Fernando VII se apresuró entonces a obtener de León XII la famosa encíclica que recomendaba a la Iglesia prestara auxilio en América a la causa de la Metrópoli. Era tarde ya. Alto y bajo clerics la desoyeron.

Desde los Reyes Católicos, el Estado español había logrado asegurar su intervención en los negocios eclesiásticos. Los nacientes Estados iberoamericanos, anarquizados, viviendo de precario, sin más fuerza verdadera en su seno que la de la misma Iglesia, no sólo no se impondrían a ésta sino que le quedarían sometidos. La Iglesia reinaba. Los primeros conflictos eran dirimidos por obispos y curas, en uso de su influjo moral sobre todos. Contra la iniciación liberal la Iglesia defendió celosamente, palmo a palmo, poderes absorbentes que nunca había tenido bajo el régimen hispano; sostenía que, desaparecido el patronato español en América, los Estados americanos no podían en absoluto intervenir en las cosas eclesiásticas sin concesión de Roma, la que nunca era otorgada. Aunque Brasil, Chile, Ecuador, Nueva Granada, Venezuela y Centroamérica

tenían agentes acreditados ante la Santa Sede, sólo obtenían de ella resoluciones parciales, pero nunca bases generales para el arreglo de los negocios de la Iglesia. Un ultramontanismo avasallador se oponía al regalismo naciente. Los caudillos liberales eran tildados de herejes, de antipatriotas, mientras otros caudillos se prestan dócilmente a transigir, a cambio de ser sostenidos en el poder. Entretanto el pueblo, donde el abuso de la tutela eclesiástica había ido gastando el prestigio de ésta, al advertir la oposición que ya se iba marcando claramente entre Iglesia y Nación, se dio cada vez más al liberalismo, que era la Independencia. Ante su inminente derrota, la Iglesia ya no se recató; se presentó en la lid abiertamente, como un campeón pronto a la lucha. La guerra quedaba planteada, por fin, entre ella por una parte y el liberalismo por la otra. Con la Iglesia todos los privilegios. Contra la Iglesia, el pueblo. Fuerza militante, quedó sometida a las alternativas de la lucha. Había perdido para siempre su situación preeminente de los primeros años de Independencia. En lo sucesivo iba a quedar, o dueña absoluta del Estado, o fuera de él, en absoluto.

El conflicto sería tanto más cruento, sin cuartel y preñado de fanatismos, cuanto mayores fueran la resistencia y vitalidad que pudieran oponerse ambos partidos. Donde éstas estuvieran menos proporcionadas, uno de los partidos se impondría más fácilmente y la evolución se cumpliría con forcejeo menos sangriento. Así se llegaría a un estado de equilibrio real, impulsado poderosamente por las corrientes ideológicas modernas.

*La República de Juárez.*—En pocos países se ha dado tan claramente como en México, a través de la historia, la lucha franca, irreconciliable, fanática, entre las corrientes conservadora y liberal, impulsadas, aquélla por la Iglesia, y ésta por la masa popular; lucha que no ha sido sino la eflorescencia de una profunda desigualdad social y en la que las oligarquías y las plutocracias, celosas defensoras de sus privilegios, los han protegido, ciegas, palmo a palmo, acosadas por un pueblo vivaz, indomable, acometedor. En la guerra a muerte tenía que vencer, a la postre, el pueblo. Su caudillo, Juárez, luchó en los últimos días de su vida por consolidar el equilibrio en medio del triunfo. El éxito estaba reservado al general Díaz; pero a la sombra protectora de éste, en medio de una paz que era sólo fatiga, retoñaron las raíces que se habían salvado de la catástrofe reformista. Contra ellas se inició nueva lucha en

1910, aguda y larga, pero menos que las anteriores. Ha sido el mismo camino e idéntica la meta.

En Nueva España, Virreinato opulento, la Iglesia tenía un prestigio y una riqueza ni siquiera en Perú igualados. Era la Iglesia el más sólido baluarte conservador. El bajo clero, descontento y abnegado, simpatizó con la Independencia, le dio caudillos, arrastró tras de sí a la plebe fanática contra los gachupines. Pero esto mismo alejó la reforma religiosa. Hidalgo predicaba a sus huestes acerca de "la cosa más sagrada y para mí la más amable: la Religión Santa, la fe sobrenatural que recibí en el bautismo". "Nosotros —les decía— no conocemos otra religión que la católica, apostólica y romana, y por conservarla pura e ilesa en todas partes no permitiremos que se mezclen en este continente extranjeros que la desfiguren... El objeto de nuestros constantes desvelos es el mantenimiento de nuestra religión, nuestra ley, la patria y pureza de costumbres". El caudillo venerable de Dolores buscaba tan sólo arrancar el mando a los europeos. Esta sería después la máxima preocupación de Morelos, el "siervo de la nación", cuya doctrina quedaba resumida en estas palabras suyas: "Muera el despotismo español, mueran sus mandarines", pero que no por ello padecieran "el dogma, la sana moral ni la tranquilidad pública". Religión católica, gobierno liberal, abolición de la esclavitud y las castas, libertad de conciencia, tributos suaves, criollismo; tal era la entraña de la "Santa Insurrección" libertadora, los "sentimientos de la nación", según sus caudillos primeros.

Notable es el aporte ideológico, definitivamente revolucionario, de uno de éstos, Francisco Javier Mina, ardiente liberal peninsular, esforzado sagitario de la justicia, huido de su patria que le había hecho hostil la reacción absolutista. Mina veía en la Independencia de América "el establecimiento definitivo de gobiernos liberales en toda la extensión de la antigua monarquía". Sin echar por tierra en todas partes —decía— el coloso del despotismo sostenido por los fanáticos, monopolistas y cortesanos, jamás podremos recuperar nuestra antigua dignidad... En el momento en que una sola sección de la América haya afianzado su independencia, podremos lisonjearnos de que los principios liberales, tarde o temprano, extenderán sus bendiciones a los demás países... La causa de los americanos es justa, porque es la causa de los hombres libres, es la de los españoles no degenerados... Si perecía en la de-

manda, el guerrillero heroico esperaba que los mexicanos dijesen a sus hijos: "Esta tierra fue dos veces inundada en sangre por españoles serviles, vasallos abyectos de un rey; pero hubo también españoles liberales que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien."

La Independencia no se hubiera consumado en 1821 sin la asistencia del partido conservador. La Revolución liberal de la Península la decidió, precipitando en favor de la causa americana al alto clero, que había experimentado lo que la Constitución traía consigo en México: la libertad de imprenta, de la cual Fernández de Lizardi, "El Pensador Mexicano", había hecho un ariete implacable contra los serviles. Los conservadores armaron el brazo de un caudillo eficaz. Fue Iturbide. Así nació el Plan de Iguala, de 24 de febrero de 1821. Las bases para organizar el nuevo Imperio aseguraban la religión católica, sin tolerancia de otra alguna, un gobierno monárquico constitucional, los fueros y propiedades del clero secular y regular; esto es, Religión, Independencia y Unión, las Tres Garantías para cuya custodia se organizaba el ejército.

Quedaba así consumada la Independencia. La ola popular contenida. Doctores, obispos, nobles, oidores, mineros y agricultores, literatos y militares, fueron llamados a organizar el naciente Imperio. Reinaba la Iglesia sobre todos. La Regencia no se atrevía a pronunciarse en favor del derecho de patronato y, consultada una Junta de Diocesanos, negó rotundamente al Estado toda ingerencia en las cosas eclesiásticas (1822). El Secretario de Justicia de la Regencia, Domínguez, rendía pleitesía en el Congreso a ambos cleros por la ayuda prestada "para el modo feliz con que se logró nuestra suspirada independencia". La encíclica de León XII, colonista, era rechazada unánimemente.

No obstante, el liberalismo se estaba organizando con fuerza pujante. "No faltan con todo —decía Iturbide— genios turbulentos que, arrebatados del furor de sus pasiones, trabajan activamente por dividir los ánimos e interrumpir la marcha tranquila y majestuosa de nuestra libertad... Se habla, no obstante, se escribe, se declama contra el servilismo, bajo el concepto más odioso... y tal vez se añade por un audaz de mala intención que el gobierno le favorece." También el conservadurismo echaba mano de las invectivas más crueles "como si estuviéramos envueltos en los funestos horrores de una tumultuosa democracia o como si no hubiera más ley que las

voces desconcertadas de un pueblo ciego y enfurecido". Estaba ya planteada la batalla.

Aprovechando la petulancia ambiciosa de su caudillo —un Napoleón de segunda mano—, el partido conservador levantó sobre sus propios hombros un trono de pronunciamiento el 19 de mayo de 1822. Fue aquel un triunfo lógico de la fuerza incontrastable del orden tradicional puesta al servicio de un afortunado que se juzgaba árbitro de los destinos nacionales, cuando no era más que un juguete de misteriosas y potentes fuerzas que despertaban en el seno de una sociedad conmovida hasta en sus más profundas raíces. El emperador convocó a la Representación Nacional, "no por la forma demagógica y anárquica de la Constitución española, sino por reglas justas y convenientes" que no iban a dejar "la elección de los representantes de la nación bajo el influjo ominoso de sus ocultos enemigos y de los enemigos también de la voluntad verdaderamente nacional", de los demagogos. El obispo de Durango, presidente de la Junta Constituyente, opinaba que eran "beneficiosos, generosos y a todas luces patrióticos" los designios del emperador. Pero el fracaso del soldado ambicioso no se hizo esperar. El oleaje popular lo arrasó todo y el emperador abdicó el 29 de mayo de 1823, abandonando el país a sus enemigos que lo fueron, según más tarde escribió, "porque se oponía al establecimiento de un gobierno que no podía convenir a México. La naturaleza no ha producido nada súbitamente; obra por etapas sucesivas". Según esos exaltados, era que la nación necesitaba recobrar "sus derechos soberanos e imprescriptibles de que se hallaba despojada" bajo el Imperio.

Ya ningún freno pudo contener la anarquía desbordada. Las multitudes, invadiendo el Palacio de las Cortes, les arrancaron leyes. La reacción liberal fusiló a Iturbide, que había desembarcado para recuperar el trono, como un recién llegado de Elba. Victoria quería ya que la religión no vistiera más "los ropajes enlutados de la superstición". Dueños otra vez del poder, los conservadores vengaron a Iturbide en Guerrero, que había osado "distribuir mitras y formar diócesis antes de arreglar concordatos con la Silla Apostólica". Y en medio de la anarquía desoladora fue dibujándose el genio representativo de la disolución, de la derrota y del histrionismo político: Santa Anna.

Santa Anna fue caudillo de una revolución federalista y li-

beral, pero respetuosa para con los privilegios eclesiásticos. Más tarde acaudilló revoluciones centralistas y conservadoras que exigieron fuertes empréstitos a la Iglesia. Cuando se acusaba a los conservadores de conspirar contra la República, de ayudar al expedicionario reconquistador Barradas, de proveer obispados de acuerdo con la Corte de Madrid, Santa Anna los amparaba. "Unos me han atribuido —decía— la degradante nota de servilismo... y otros me acusaban de ser favorecedor de los planes desorganizadores de la demagogia." Y todo ello era verdad. Porque la Cámara es liberal, la disuelve. Empieza entonces a florecer la disgregación. Texas declara su independencia, Yucatán amenaza con hacer lo mismo. La escuadra francesa bombardea Veracruz para cobrar ciento por uno. Santa Anna dirige guerras y administraciones, es árbitro del desconcerto, abandona generosamente el Poder cuando lo tiene en sus manos y lo reconquista de nuevo apenas se ha instalado su sucesor. Ama el boato y el protocolo; no comparece a informar a las Cámaras porque "un paso semejante, desusado y ridículo, no hubiera sido compatible con la dignidad del Gobierno". Sus enemigos lo son de la Patria. Es "el héroe de Pánuco y de Veracruz, la estrella de Tampico", y va a salvar a la República, amenazada por los texanos rebeldes. Pero la guerra requiere las riquezas del clero; acude a ellas. Entonces, frente al enemigo, Paredes Arrillaga vuelve sus armas contra el Gobierno; "se designaban ya —dice para explicar su conducta— los bienes consagrados al esplendor del culto de nuestros padres y al sostenimiento de sus ministros, como la primera presa del desorden revolucionario". Comienza la guerra de usurpación de los Estados Unidos y el alma nacional aún no está formada, no existe; todo es anarquía. "¡Despertad de ese letargo que degrada vuestro carácter noble y generoso!", clama Bravo, caudillo de la Independencia. Santa Anna vuelve a ser el ídolo del ejército y de la multitud; vuelve a dirigirlos, a conmoverlos con sus gestos de héroe providente. "En Chapultepec —les dice— recibí una contusión, en Belem traspasaron mis vestidos las balas enemigas y a mi alrededor desaparecieron los mejores soldados de la República." Y cuando el caudillo, hecho dictador, es declarado Benemérito y Alteza Serenísima; cuando el Cabildo de México casi lo ha divinizado porque el conservadurismo lo ha sometido definitivamente a sus caprichos; cuando la nación va a ser salvada para siempre, estalla la revolución de Ayutla, la primera verdadera-



mente popular que registra la historia mexicana, que sacude el yugo infamante y abyecto de Santa Anna.

Con la Revolución de Ayutla (1855) el liberalismo empieza a pesar ventajosamente sobre el conservadurismo decadente. Hasta entonces todo había sido contrapuesto y heterogéneo; pero la ola popular, acaudillada por Alvarez en el sur y por Comonfort en el norte, contiene un ideal nacional que culmina en la Constitución liberal de 1857. En ésta había quedado consagrada la ley de 25 de junio de 1856, desamortizadora de los bienes de las manos muertas. La reacción conservadora armó a sus caudillos, que fueron vencidos en los campos de batalla. Pero no por eso desmayó y sedujo al vencedor, Comonfort, que de Presidente constitucional se convirtió en faccioso en virtud de una cuartelada que preparó desde Palacio. Zuloaga pasó a ser el verdadero árbitro de la situación. Pío IX se apresuró a felicitarlo "una y otra vez", cordialmente, el 16 de marzo de 1858.

La bandera del liberalismo quedó entonces en las manos del más firme caudillo que ha tenido México: Benito Juárez, indio republicano, demócrata tenaz, Juárez quería ver "el triunfo del pueblo mexicano" por medio de la democracia, que era "el destino de la humanidad futura" cuya arma indestructible es la libertad; creía que la República necesitaba conquistar "el espíritu de adelanto, no de sujeción servil; el reinado de la ley, no de la aristocracia ridícula de nuestros vanos y mentirosos redentores; el amor a Dios y al prójimo, no las hipócritas simulaciones de prácticas sin realidad ni sentimientos". "Han muerto por fin las banderías... —dice—; la idea comienza a enseñorearse de todos los espíritus y a formar, por lo mismo, opinión, conciencia pública...; la opinión está ya preparada, la senda descubierta; no hay, pues, más que entrar y marchar firmes por ella. "Del resultado de la encarnizada lucha que los partidarios del oscurantismo y de los abusos han provocado esta vez contra los más caros principios de la libertad y del progreso social", dependía el porvenir de la nación; para desarmarlas había que consolidar la independencia de la Iglesia y el Estado, suprimir todas las corporaciones de regulares varones, las cofradías y hermandades, etc., clausurar los noviciados de monjas, nacionalizar y enajenar los bienes eclesiásticos, hacer efectiva la libertad de contribuir a las cargas religiosas; en una palabra someter, para siempre, al clero.

Comenzó una guerra a muerte. Miramón, "genio extraordinario", efebo precoz, era la espada predilecta de los conservadores; Márquez su verdugo propicio. Pero triunfó la Reforma liberal y las leyes de Juárez quedaron incorporadas a la Constitución. Fue la victoria del pueblo y Juárez pudo decir: "Durante la terrible lucha del pueblo contra la aristocracia... nada he tenido que hacer sino apoyar el espontáneo y vigoroso impulso de la opinión."

El triunfo no iba a ser todavía la paz. Aún le quedaban elementos al partido conservador y los iba a usar a riesgo de que perecieran la nacionalidad y la independencia, todo lo que ya era un sentimiento popular. Napoleón III estaba pronto a emprender conquistas que prestigiaran su Imperio; pensó en México, donde el agotamiento le haría fácil la empresa y grata los conservadores. En Londres se firmó una alianza britano-franco-española. Desembarcaron en tierra mexicana los invasores. Pero un estadista genial, Prim, descubriendo al mundo los arteros propósitos del Emperador francés, hizo que España e Inglaterra abandonaran la empresa filibustera. Los franceses y los conservadores comenzaron su marcha sobre México que Juárez tuvo que abandonar, llevando entre sus recias manos, en triunfo y en derrota por todo el territorio nacional, la bandera de la independencia nacional, de la República y del liberalismo. El caudillo irreductible organizó la guerra internacional y la civil, sin titubear jamás y sin ceder un punto.

Con las bayonetas napoleónicas levantaron los conservadores un imperio para el archiduque de Austria, Fernando Maximiliano; el Imperio iba a ser suyo, de sus privilegios; ya se gloriaban de que Francia hubiera plantado su pabellón, "temido siempre, pero siempre simpático, en los confines del lejano Imperio de la China y en los remotos límites del apartado Imperio Mexicano", como dijeron al ofrecerle la corona al archiduque. Este, sin embargo, era liberal; quería una monarquía "bajo la égida de instituciones a la par estables y libres, que aseguraran la libertad en medio del orden". Al pisar tierra mexicana, el Emperador se apresuró a prometer un gobierno liberal y trató enseguida de ponerse de acuerdo con Juárez, de atraerlo, declarando que había sostenido su causa "con valor y constancia". No por eso desmayó el fanatismo conservador que acabó por dominar al Emperador; y éste, en vez de abdicar, como hizo Amadeo en España, ligó su suerte para siempre a la de sus auxiliares. El liberalismo, entre tanto,

seguía creciendo. Por último Francia, amenazada por la Prusia de Sadowa, retiró al Imperio el apoyo de sus bayonetas. El archiduque se declaró libre de todo compromiso con los extranjeros y organizó desesperadamente su defensa; anunció su propósito de reunir “un Congreso nacional sobre las bases más amplias y liberales, en el cual tendrían participación todos los partidos” y culpó a los franceses de no haberlo reunido antes. Juárez continuó, intransigente, defendiendo su causa con las armas republicanas. Ellas decidieron el triunfo, y, al derrumbarse el Imperio, cayeron en el Cerro de las Campanas Maximiliano, Miramón y Mejía. El liberalismo, esta vez, había sellado con sangre su victoria definitiva. “Después de cuatro años —pudo decir el Presidente indio— vuelve el gobierno a la ciudad de México con la bandera de la Constitución y las mismas leyes, sin haber dejado de existir un solo instante dentro del territorio nacional.” En ese doloroso período había acabado de forjarse el alma nacional, que Juárez condujo frente a la intervención y el Imperio. No había transcurrido en vano medio siglo; en él quedó forjada una nación.